

Oyéndole, cualquiera le hubiese tomado por un romano de la antigua edad sacrificando su familia entera en el altar de la patria. Granoux, lleno de emoción, corrió á estrecharle la mano con aspecto lacrimoso, que parecía decir: «¡Lo comprendo! ¡Está usted sublime!» Y en seguida le hizo el grandísimo favor de llevarse al patio á la gente, so pretexto de escoltar á los otros cuatro prisioneros.

Cuando Pedro quedó solo con su hermano, recobró todo su aplomo, y exclamó:

—No me esperabas, ¿verdad? Por lo visto me tendías un lazo. ¡Infeliz! Ve á dónde te han conducido tus vicios y tus desórdenes.

—Déjame en paz—replicó Macquart encogiéndose de hombros.—Eres un grandísimo pillo, y al freir será el reir.

Rougon, que no tenía formado plan con respecto á la suerte de su hermano, lo encerró en un cuartito tocador, en el que M. Garçonnet iba á descansar alguna vez; aquel cuartito, iluminado por arriba, no tenía más salida que por la puerta de entrada; dos butacas, un lavabo de mármol y un diván, constituían el mueblaje. Pedro cerró la puerta con dos vueltas de llave, después de haber aflojado un poco las ligaduras de su hermano. Este dejóse caer sobre el diván, y entonó el *Ca ira* con voz formidable, como para arrullarse.

Al verse por fin solo, sentóse Rougon en la poltrona del alcalde y se enjugó la frente. ¡Qué ruda era la conquista de la fortuna y los honores! Por fin estaba vencida la primera dificultad. Sentía hundirse bajo su peso la muelle butaca; ma-

quinalmente acariciaba con la mano la mesa de caoba, y su contacto parecíale suave y delicado como el cutis de una mujer bonita. Se arrellanó más, y tomó la digna actitud que poco antes tenía Macquart escuchando la lectura de la proclama. Giró los ojos en torno suyo; el silencio del despacho parecíale que tomaba una gravedad religiosa que le llenaba el alma de voluptuosidad divina. Nada había allí, ni aun el olor á polvo de los papeles viejos tirados en los rincones, que no subiese como un incienso á sus narices dilatadas. Aquella pieza de pinturas desteñidas, apestando á los estrechos negocios, á los cuidados miserables de una municipalidad de tercer orden, era un templo del que se convertía en el dios; entraba en algo sagrado. El, que en el fondo no amaba á los curas, se acordó de la emoción deliciosa que le causó su primera comunión, en la que había creído tragarse á Jesús. Pero en su sueño sentía sobresaltos nerviosos cuando oía la voz de Macquart: las palabras «aristócrata, farol», las amenazas de ser colgado llegábanle en ráfagas violentas á través de la puerta, evitando de un modo desagradable su triunfal ensueño. ¡Siempre aquel hombre! Sus ilusiones de ver á Plassans á sus pies se desvanecían de súbito, y aparecíasele la Cour d'Assises, los jueces, los jurados y el público, escuchando las revelaciones vergonzosas de Macquart, la historia de los cincuenta mil francos y las otras; ó bien, al mismo tiempo que gustaba la blandura del sillón de M. Garçonnet, veíase de pronto colgado de un farol de la calle de la Banne.

¿Quién le libraría de aquel miserable?... Al cabo Antonio se durmió, y Pedro tuvo diez minutos de éxtasis puro.

Roudier y Granoux llegaron á sacarle de aquella beatitud; venían de la cárcel, donde habían encerrado á los insurrectos. El día avanzaba; pronto la ciudad estaría despierta, y era menester tomar una determinación. Roudier opinó que antes de todo convenía dirigir una alocución á los habitantes. Precisamente en aquel momento estaba Pedro leyendo la que los insurrectos habían dejado sobre la mesa.—Aquí tenemos una que nos sirve perfectamente—exclamó,—sólo hay que cambiar unas palabras.—Un cuarto de hora después, Granoux leía con voz conmovida:

«Habitantes de Plassans: ha sonado la hora de la resistencia y el reinado del orden ha vuelto...» Y decidieron tirar la proclama en la imprenta de la *Gaceta*, y fijarla luego en todas las esquinas.

—Ahora, señores, oid—dijo Rougon,—vamos á volver á mi casa. Entretanto Granoux convocará aquí á los consejeros municipales que no han sido presos, y les contará los terribles acontecimientos de esta noche.—Y con majestuoso tono, prosiguió:—Dispuesto estoy á aceptar la responsabilidad de mis actos; y si lo que he hecho es bastante garantía de mi amor al orden, no tengo inconveniente en presidir el consejo municipal hasta el regreso de las autoridades legítimas. Pero como no quiero ser tachado de ambicioso, no volveré á pisar el ayuntamiento mientras mis conciudadanos no me llamen.

Granoux y Roudier protestaron. Plassans no

sería ingrato, porque, en fin, su amigo había salvado la ciudad. Y recordaron todo lo que había hecho por la causa del orden, el salón amarillo siempre abierto á los amigos del poder; la buena nueva propagada en los tres barrios; el depósito de armas, que era idea suya; y sobre todo aquella noche memorable, aquella noche de prudencia y heroísmo, en que se había hecho ilustre para siempre. Granoux añadió que desde luego estaba seguro de que Pedro merecería la admiración y la gratitud de todos los consejeros municipales, y concluyó diciendo:—No se mueva usted de su casa; quiero ir á buscarle allí y traerle en triunfo.—Roudier aseguró que nadie podría tachar de ambicioso al modesto patriota, cuya conducta comprendía y aprobaba; era muy digno, muy noble y muy grande no querer aceptar nada sin el asentimiento de sus conciudadanos. Rougon bajaba la cabeza ante aquella granizada de elogios, y murmuraba: «No, no; van ustedes demasiado lejos», con estremecimiento de hombre á quien se hace cosquillas voluptuosamente. Cada frase del lencero retirado y del antiguo comerciante de almendras acariciaba su oído suavemente; y recostado en la poltrona del alcalde, embriagado por los aromas administrativos del despacho, saludaba á derecha é izquierda como un príncipe pretendiente á quien un golpe de Estado va á elevar á la categoría de emperador. Cuando todos se cansaron de manejar el incensario, bajaron á la calle. Granoux se marchó á buscar á los consejeros; Roudier díjole á Rougon que fuera hacia su casa, que ya le alcanzaría en cuanto diese las órdenes

para que el ayuntamiento quedara bien custodiado.

El día seguía avanzando. Pedro ganó la calle de la Banne, desierta aún, taconeando militarmente sobre la acera; llevaba el sombrero en la mano, á pesar del frío; bocanadas de orgullo le hacían subir toda la sangre al rostro.

Al pie de la escalera tropezó con Cassoute. El enterrador, no habiendo visto entrar á nadie, había pasado allí toda la noche con la cabeza entre las manos, sentado en el primer peldaño, mirando indiferente á la calle con la terquedad muda de un perro fiel.—Me estás esperando, ¿verdad?—le dijo Pedro, que comprendió todo al verle.—Pues bien, vete al ayuntamiento, pregunta por Macquart, y dile que he vuelto.

Cassoute se levantó y salió, saludando torpemente, y fué como un cordero á dejarse prender, mientras Pedro, riéndose, subía las escaleras de su casa, sorprendido de sí mismo y formulando vagamente este pensamiento:—Tengo valor: ¿tendré talento?

Felicidad no se había acostado; encontróla vestida de día de fiesta, con su cofia de cintas amarillas, como mujer que espera visitas. En vano había permanecido en la ventana, no había oído nada y se moría de curiosidad; se había asomado muchas veces al balcón, y otras tantas se había retirado desesperada, sin saber lo que sucedía.

—¿Qué pasa?—preguntó precipitándose al encuentro de su marido.

Este entró en el salón amarillo jadeando; siguióle su mujer, cerrando cuidadosamente las puertas tras sí. El se dejó caer en un sillón y

dijo con voz ahogada:

—Esto es hecho. Seremos jefe económico.

—¿De veras, de veras?—exclamó Felicidad saltándole al cuello y besándole.—Yo no he oído nada. ¡Ah, maridito! cuéntamelo todo. ¡Oh!

Parecía tener quince años; revoloteaba con su vuelo brusco de cigarra ebria de luz y de calor. Pedro, en la efusión de su victoria, vació su corazón; no omitió ni un detalle; explicó hasta sus proyectos, olvidándose de que, á su juicio, las mujeres no servían para nada, y la suya debía ignorarlo todo, si él había de ser el amo. Felicidad, abrazada á su cuello, bebió sus palabras, le hizo repetir varios puntos de su relato, diciéndole que no lo había oído; en efecto, la alegría armaba tal barullo en su cabeza, que en algunos momentos volvía como sorda, perdido el espíritu en plenos goces. Las escenas del ayuntamiento le hicieron reír como una loca, y andar de un lado para otro, removiendo los muebles é incapaz de estar-se quieta. Después de cuarenta años de esfuerzos continuos, la fortuna se dejaba al fin coger por el pescuezo. Volvía loca hasta el punto de olvidar toda prudencia.

—A mí me debes todo eso—exclamó en una explosión de triunfo.—Si te hubiera dejado hacer lo que querías, hubieras caído estúpidamente en manos de los insurrectos. Los Garçonnet, los Siscardot y los otros eran los que había que arrojar á esas bestias feroces.—Y, enseñando sus vacilantes dientes de vieja, añadió, riendo como un granuja:

—¡Viva la República! ¡Bien se ha lucido!

—Siempre has de ser tú la que lo hace todo—gruñó Pedro, preocupado de súbito.—La idea de esconderme fué mía. Las mujeres, ¿qué entendéis de política? Si tú manejaras el cotarro, ya nos hubiéramos ido á pique.

Felicidad comprendió que había ido demasiado lejos olvidando su papel de hada muda, y se mordió los labios; pero le acometió la rabia sorda que se apoderaba de ella cuando su marido la aplastaba con su superioridad, y prometióse de nuevo tomar en hora oportuna alguna exquisita venganza que le entregase al «pobre hombre» atado de pies y manos.

—¡Ah! Se me olvidaba—exclamó Rougon.—También Peirotte anda en la danza; Granoux lo vió entre los insurrectos.

A Felicidad le dió un vuelco el corazón; precisamente en aquel momento estaba en el balcón mirando las ventanas de la casa del jefe económico. Acababa de sentir la necesidad de volver á verlas, porque la idea del triunfo se confundía en ella con el deseo de aquella hermosa habitación, cuyos muebles usaba con la vista hacía tanto tiempo. Volvióse rápidamente y dijo con extraño acento:—¿M. Peirotte está preso?—Sonrió complacida, y vivo rubor enrojeció su cara. Pensaba con espantosa brutalidad:—¡Si le matasen los insurrectos!—Pedro, sin duda, leyó en sus ojos este pensamiento, porque exclamó:—Después de todo, si le alcanzara una bala, se arreglaría nuestro negocio. No sería necesario que lo dejaran cesante y no tendríamos culpa en ello.—Felicidad, más nerviosa, se estremeció; parecíale que acababa

de sentenciar á muerte á un hombre. Si mataban á Peirotte, lo vería por la noche y creería que iba á tirarle de los pies. Desde entonces no se atrevió á mirar á las ventanas más que de reojo, con voluptuoso horror, y hubo en sus alegrías una punta de criminal espanto, que las hacía más agudas.

Pedro, reaccionado en parte, comenzaba á ver la situación por el lado malo. Habló de Macquart. ¿Cómo desembarazarse de aquel ganapán? Felicidad, animada por la fiebre del éxito, exclamó: «¡Hombre, no se puede hacer todo á un tiempo! ¡Ya veremos, caramba!... No ha de faltar medio.» Iba y venía arreglando sillones y quitando el polvo de los estantes. De pronto se detuvo en medio de la habitación, y murmuró, lanzando una mirada sobre el mobiliario estropeado:—¡Dios mío! ¡qué feo es esto! ¡Y toda esa gente que va á venir!

—¡Bah!—repuso Pedro, con soberana indiferencia.—Ya lo cambiaremos.

Y él, que el día antes sentía religioso respeto por el sofá y las butacas, hubiera sido capaz de patearlas sin inmutarse. Felicidad, por su parte, sentía el mismo desdén, hasta el punto de sacudir un sillón que por faltarle una rueda no obedecía con prontitud á su impulso.

En aquel momento entró Roudier; la vieja lo encontró mucho más cortés que de ordinario. Las palabras «Señor» y «Señora» sonaban como una música deliciosa á medida que iban llegando los contertulios del salón amarillo. Ninguno conocía aún los detalles de los sucesos de aquella noche,

y acudían con los ojos interrogadores y la sonrisa en los labios, impulsados por los rumores que comenzaban á circular. Los mismos que el día antes habían abandonado el salón amarillo con precipitación al saber la proximidad de la partida insurrecta, volvían curiosos é inoportunos, zumbando como enjambre de moscas que un golpe de viento hubiera dispersado; algunos había que ni siquiera se tomaron el tiempo preciso para abotonarse los tirantes. Grande era la impaciencia de Rougon, pero era visible que esperaba á alguien para hablar; á cada instante volvía los impacientes ojos á la puerta. Por espacio de una hora, todo fueron apretones de mano, vagas felicitaciones, murmullos de admiración, alegría contenida sin causa precisa, y que sólo pedía una palabra para convertirse en entusiasmo. Por fin, apareció Granoux. Traía la mano metida en el pecho de la levita, y detúvose con altivo continente en el dintel de la puerta. Su gruesa faz pálida, que rebosaba júbilo, procuraba en vano ocultar su emoción bajo un aspecto de dignidad. A su aparición hízose el silencio; presentían que iba á pasar algo extraordinario. En medio de la general atención, dirigióse á Pedro y le tendió la mano:

—Amigo mío: le traigo á usted los respetos del consejo municipal, que le llama á usted á su presidencia mientras espera que nuestro alcalde nos sea devuelto. Usted ha salvado á Plassans. En la época abominable que atravesamos se necesitan hombres de su inteligencia y su valor. Venga usted.

Granoux, que había preparado su discurso á

duras penas mientras se trasladó desde el ayuntamiento á casa de Rougon, sintió flaquear su memoria; pero Pedro, emocionado, le atajó, exclamando, mientras le estrechaba las manos:

—Gracias, mi querido Granoux; muchas gracias...—No encontró nada más que decir. Hubo entonces allí una explosión de voces ensordecedoras. Rodearon al héroe, y cada cual le felicitaba, le colmaba de elogios ó le interrogaba con grande interés. Pero él, grave ya como un juez, pidió algunos minutos para conferenciar con Granoux y Roudier; los negocios ante todo. ¡Eran tan críticas las circunstancias por que atravesaba la ciudad! Retiráronse á un rincón los tres, y allí, en voz baja, se repartieron el poder, en tanto que los concurrentes, alejados algunos pasos y aparentando discreción, les echaban á hurtadillas miradas en que la admiración se mezclaba á la curiosidad. Convinieron en que Rougon se encargaría de la presidencia de la comisión municipal, Granoux sería secretario, y Roudier comandante en jefe de la guardia nacional, reorganizada ya. Se juraron apoyo mutuo y sólido á toda prueba.

Felicidad, que se había acercado, dijo de pronto:—¿Y Vuillet?

Se miraron. Nadie había visto al librero. Rougon hizo un gesto de inquietud.

—Acaso se lo hayan llevado con los otros—dijo para tranquilizarse. Pero Felicidad meneó la cabeza. No era Vuillet de los que se dejan prender; si no se le veía ni se le oía era que estaba haciendo algo malo. En esto abrióse la puerta, y apareció Vuillet. Saludó humildemente, pestañean-

do y sonriendo, con su sonrisa de sacristán; luego tendió su mano húmeda á Rougon y á los demás. Había hecho su negocio solo; es decir, había cortado por sí mismo su pedazo de turrón, como decía Felicidad. Por la claraboya de la cueva vió á los insurrectos apoderarse del administrador de Correos, sorprendiéndole en el despacho contiguo á su librería; y desde por la mañana, mientras Rougon tomaba posesión de la poltrona del alcalde, había ido á instalarse tranquilamente en el despacho del administrador. Conocía á los empleados, y los recibió á medida que fueron llegando, diciéndoles que reemplazaría al jefe hasta su vuelta, y que no tenían que inquietarse por nada. Después se puso á rebuscar las cartas con una curiosidad mal disimulada; parecía que buscaba una con decidido interés. Sin duda su nueva situación respondía á un plan secreto, porque en su alegría llegó hasta regalar á uno de los empleados un ejemplar de las «Obras jocosas de Piron». Vuillet tenía un gran surtido de obras obscenas guardadas en un cajón bajo una capa de rosarios y estampas de santos: él era quien infestaba la ciudad de fotografías y grabados vergonzosos, sin que esto perjudicara en nada á su comercio público de devocionarios.

Sin duda se asustó de la manera cómo había invadido la casa de Correos y pensó en ratificar legalmente la usurpación; por esto acudió á casa de Rougon, que decididamente se convertía en un personaje poderoso.

—¿Dónde se ha metido usted?—le preguntó Felicidad con desconfianza.

Entonces contó una ingeniosa mentira; á creerle, había librado del pillaje la casa de Correos.

—Está entendido; continuad allí—dijo Pedro, después de reflexionar un instante.—Sea usted útil.

Esta frase última indicaba el gran terror de los Rougon; temían que alguien fuera demasiado útil, y que alguien salvase la ciudad más que ellos. Pedro no veía ningún peligro serio en que fuese Vuillet administrador interino de Correos; era, por el contrario, un modo de desembarazarse de él. Felicidad hizo un rápido movimiento de contrariedad.

Terminado el conciliábulo, aquellos señores se reunieron de nuevo con los asistentes al salón amarillo, y se vieron obligados á satisfacer la general curiosidad. Menester fué que relataran minuciosamente lo ocurrido por la mañana. Rougon estuvo magnífico, amplió aún más, adornó y dramatizó el relato que había hecho á su mujer. La distribución de fusiles y cartuchos puso anhelante á todo el mundo; pero el cuadro de la caminata por las calles desiertas y la toma del ayuntamiento fué lo que más llenó de estupor á aquellos burgueses. A cada nuevo detalle estallaba una nueva interrupción.

—¡Y no eran ustedes más que cuarenta y uno!... —¡Es prodigioso!—¡Ah! ¡debía estar horriblemente obscuro!—¡No, lo confieso! ¡jamás me hubiera atrevido á tanto!—Entonces, ¿usted lo cogió así, por el cuello?—Y los insurrectos, ¿qué dijeron?—Estas interrupciones agujijoneaban la verbosidad de Pedro, que contestaba á todos, acom-

añando la palabra con la acción. Aquel hombre gordo, en la admiración de sus propias hazañas, volvía á encontrar la agilidad del estudiante; iba, venía, se repetía, en medio de las frases entrecruzadas, de los gritos de sorpresa, de las conversaciones particulares que se establecían bruscamente por la discusión de un detalle; é iba así engrandeciéndose, hinchado por un soplo épico. Roudier y Granoux se encargaban de recordarle los hechos insignificantes, que él omitía: ardiendo en deseos de colocar una frase, de contar un episodio, le quitaban la palabra, poniéndose á hablar todos á la vez. Para mayor efecto, para coronar la epopeya con el hecho culminante de la noche, la rotura del espejo, Rougon quiso referir antes lo que había sucedido en el patio; pero Roudier le interrumpió, acusándole de perjudicar el interés del relato cambiando el orden de los acontecimientos. Disputaron unos instantes con cierta acritud, y, por fin Roudier, viendo que la ocasión era propicia, gritó:

—Bueno; sea. Pero usted no estaba allí. Déjame contarle.

Entonces explicó largamente cómo los insurrectos se habían despertado, y cómo se les había apuntado para reducirlos á la impotencia, añadiendo que, por fortuna, no se había vertido sangre. Esta última afirmación desagradó al auditorio, que contaba con un muerto por lo menos.

—Pero han disparado ustedes, si no me engaño, —dijo Felicidad, viendo que el drama resultaba tan pobre.

—Sí; tres tiros—prosiguió el antiguo lencero:

—el salchichero Dubruel, M. Lievin y M. Massicot fueron los que dispararon, con precipitación punible.—Y al oír cierto murmullo de desaprobación, prosiguió:—Sí, punible; sostengo la palabra... Hartas crueles necesidades de sangre lleva consigo la guerra para que se procure verterla inútilmente. Hubiera querido ver á ustedes en mi lugar... Además, ellos mismos aseguran que no saben cómo se les dispararon las armas. Por cierto una de las balas perdidas hizo un cardenal en la cara á uno de los insurrectos.

Aquel cardenal, aquella herida inesperada satisfizo al auditorio. Pero ¿dónde estaba la contusión, y cómo una bala, aunque sea de rechazo, puede herir á uno en la mejilla sin agujereársela? Esta pregunta fué origen de múltiples comentarios.

—Arriba—prosiguió Rougon con voz más alta, sin dejar que se calmase la agitación,—arriba teníamos mucho que hacer; la lucha fué encarnizada... Y describió la prisión de su hermano y de los cuatro insurrectos, muy detalladamente, sin nombrar á Macquart, á quien llamaba «el jefe». Las palabras «el despacho del señor alcalde», «el sillón del señor alcalde», «la mesa del señor alcalde», salían á relucir á cada paso, y daban gran importancia al relato de la terrible escena. No fué en el cuarto del portero, sino en la habitación del primer funcionario de la ciudad, donde se batieron. Roudier estaba oscurecido. Rougon llegó por fin al episodio que preparaba desde el principio y que debía colocarle en el rango de los héroes. «Entonces, dijo, un insurrecto se precipitó sobre mí. Separé el sillón del alcalde y cogí por

el cuello a mi enemigo, y calcúen ustedes si se lo apretaría. Pero el fusil me molestaba, y, por otra parte, no quería dejarlo; el fusil no se deja nunca. Yo lo tenía así, en el brazo izquierdo; de repente partió el tiro...»

El auditorio estaba pendiente de los labios de Rougon. Granoux, que estiraba los suyos con unas atroces ganas de hablar, exclamó:

—¡No, no! eso usted no pudo verlo, amigo mío; usted se batía como un león. Pero yo, que ayudaba á atar á los prisioneros, lo vi todo. El hombre quiso asesinarle á usted; él fué quien disparó el fusil; vi muy bien cómo deslizaba los negros dedos por debajo del codo de usted.

—¿Así fué?—preguntó Rougon, pálido como la cera.—Ignoraba el riesgo que había corrido, y el relato del antiguo comerciante de almendras lo helaba de espanto. Granoux no sabía mentir, pero en un día de batalla es permitido ver las cosas dramáticamente.

—¡Cuando le digo á usted que el hombre quiso asesinarle...—repetía con convicción.

—Por eso, sin duda—replicó Rougon con voz ahogada—sentí silbar la bala junto á mi oído.

La emoción impuso respeto al auditorio delante del héroe: ¡Había oído silbar una bala! La mayoría de los burgueses allí presentes no podía decir otro tanto. Felicidad creyó que era un deber echarse en brazos de su marido para aumentar el efecto dramático del cuento y excitar el asombro del auditorio; mas Pedro se desasíó de ella y acabó la descripción con esta frase heroica, que ha dejado memoria célebre en Plassans:—Sale el

tiro, oigo silbar la bala, y ¡paf! la bala va á romper el espejo del señor alcalde.

La consternación llegó á su apogeo. ¡Un espejo tan hermoso! Era increíble. La desgracia acaecida al espejo contrabalanceó las simpatías entre éste y el heroísmo de Rougon. Aquel espejo se convertía en una persona, y por espacio de un cuarto de hora se habló de él con exclamaciones de lástima, con efusiones de pesar, como si hubiera sido realmente una persona herida en el corazón. Aquello era la bomba final, tal como Pedro la había preparado; el desenlace de aquella odisea prodigiosa. Un gran murmullo se extendió por el salón amarillo; cada cual repetía para sí el cuento que acababa de oír; de vez en cuando uno se destacaba del grupo para pedir á los tres héroes la versión exacta de algún hecho controvertido; los héroes lo rectificaban con minuciosa escrupulosidad: comprendían que hablaban para la historia.

Rougon y sus dos lugartenientes dijeron que les esperaban en el ayuntamiento. Reinó el más profundo y respetuoso silencio, y los tres saludaron, sonriendo gravemente. Granoux reventaba de orgullo; sólo él había tenido la suerte de ver al insurrecto disparar y romper el espejo; esto le engrandecía á sus propios ojos, y le hacía no caber dentro del pellejo. Al abandonar el salón, agarróse del brazo de Roudier con un aire de gran capitán extenuado por la fatiga, y murmuró: —¡Hace treinta y seis horas que estoy en pie, y Dios sabe cuándo podré acostarme!

Al marcharse, Rougon llamó aparte á Vuillet, y



le dijo que entonces más que nunca contaba el partido del orden con él y con la *Gaceta*. Era menester que publicase un buen artículo para tranquilizar á la población, y tratara de paso como se merecía á aquella horda de miserables bandidos que había cruzado por Plassans.

—Esté usted tranquilo—le replicó Vuillet.—La *Gaceta* no debía salir hasta mañana, pero saldrá esta noche.

Luego que los tres héroes salieron, los contertulios del salón amarillo quedaron comentando los hechos, charlando como comadres de pueblo á quienes un canario que se ha escapado reúne en la acera. Aquellos mercaderes retirados, comerciantes de aceite, sombrereros, nadaban en pleno drama fantástico. Jamás sacudida semejante los había conmovido; no se daban cuenta exacta de lo que sentían al ver surgir de entre ellos nada menos que tres figuras épicas, Rougon, Roudier y Granoux. Por fin, cansados de repetir lo mismo ante público tan reducido, sintieron que se ahogaban en el salón y la necesidad de marcharse para ir á publicar la gran noticia, picado cada cual por la ambición de ser el primero en decirlo todo. Felicidad, que al quedarse sola asomóse á la ventana, los vió desaparecer por la calle de la Banne desalados, batiendo los brazos como si fueran alas, difundiendo la emoción por los cuatro extremos de la ciudad.

Eran las diez. Plassans, despierto, recorría las calles, asustado por las noticias que circulaban. Los que oyeron ó vieron la banda de insurrectos contaban historias estupendas, se contradecían y

aventuraban suposiciones espantosas. La mayoría no sabía siquiera de lo que se trataba; éstos, que vivían en los extremos de la ciudad, escuchaban con la boca abierta como un cuento de nodrizas aquella historia de muchos miles de bandidos invadiendo las calles y desapareciendo antes del día como un ejército de fantasmas. Los más incrédulos contestaban: «¡Bah! ¡Cualquier cosa!...» Sin embargo, algunos pormenores eran exactos. Plassans acabó por convencerse de que una espantosa desgracia había pasado sobre él durante su sueño, sin tocarle. Aquella catástrofe mal definida, tomaba de las sombras de la noche, de las contradicciones de los diversos relatos, un carácter vago, un horror insondable, que hacía estremecer á los más bravos. ¿Quién había desviado el rayo? Aquello tocaba en lo prodigioso. Hablábese de salvadores desconocidos, de un puñado de hombres que había cortado la cabeza á la hidra pero sin pormenores, como de una cosa en que apenas se cree, cuando los contertulios del salón amarillo se esparcieron por las calles sembrando las noticias, repitiendo ante cada puerta el mismo relato. Aquello fué un reguero de pólvora. En pocos minutos fué conocida la historia de un extremo al otro de la ciudad; el nombre de Rougon corrió de boca en boca, acompañado de exclamaciones de sorpresa en el barrio nuevo, y rodeado de elogios en el viejo. La idea de que estaban huérfanos de autoridades, sin subprefecto, sin alcalde, sin administrador de Correos, sin nadie, en fin, consternó al principio á todos

los habitantes. Quedáronse estupefactos al ver que habían podido dormir tranquilamente y despertarse á la hora de costumbre, huérfanos de autoridades. Pasado el primer momento de estupor, se arrojaron en brazos de sus libertadores. Algunos republicanos se encogían de hombros, pero los pequeños comerciantes, los propietarios, los conservadores todos, bendecían á los modestos héroes que en el silencio y entre las tinieblas de la noche realizaron épicas hazañas. Cuando se enteraron de que Rougon había preso á su propio hermano, la admiración no tuvo límites; citóse á Bruto; aquella indiscreción, que tanto temía, redundó en su gloria. El espanto, aún no desvanecido, excitó la unánime gratitud. Rougon fué aceptado como el salvador de la ciudad, sin discusión.—¡Ahí es nada!...—decían los más cobardes.—¡Eran nada más que cuarenta y uno! Aquella cifra de cuarenta y uno trastornó á la ciudad. Así nació en Plassans la leyenda de que cuarenta y un burgueses hicieron morder el polvo á los tres mil insurrectos. Sólo algunos espíritus malévolos del barrio nuevo, abogados sin pleitos y viejos militares, que se dolían y se avergonzaban de haber dormido bien aquella noche, se permitieron manifestar ciertas dudas. En suma, acaso los insurrectos se habían marchado por sí solos. No había allí ninguna señal de combate, ni cadáveres, ni manchas de sangre; la faena de aquellos caballeros había sido en verdad muy fácil.—¿Y el espejo?—repetían los más fanáticos.—Es innegable que el espejo del señor alcalde está hecho trizas. Vengan si no á verlo.

En efecto, hasta la noche hubo allí una procesión de individuos, que bajo mil pretextos entraron en el despacho que Rougon mantenía de par en par; plantábanse ante el espejo, en el que la bala había hecho un agujero redondo, del que partían multitud de rajás; y todos murmuraban la misma frase:—¡Diablo! ¡No llevaba la bala poca fuerza!—Y se alejaban convencidos.

Felicidad en su ventana recogía con delicia aquellos ruidos, aquellas voces de elogio y reconocimiento que subían de la ciudad. A aquella hora todo Plassans se ocupaba de su marido, sentía bajo sus plantas los dos barrios, que se estremecían, que le enviaban la esperanza en un próximo triunfo. ¡Ah! ¡Cómo iba á aplastar á aquella ciudad, que tan tarde veía á sus pies! Todas sus ansias se renovaron; sus pasados desalientos redoblaron sus apetitos de goces inmediatos. Apartóse de la ventana, y con lento paso recorrió todo el salón. Hacía un instante, en aquella misma estancia, todos sus partidarios le tendían la mano: había vencido. La burguesía estaba á sus pies; el salón parecía un santuario; los muebles desvencijados, el terciopelo raído, la araña manchada por las moscas, todas aquellas ruinas, parecíanle gloriosos despojos esparcidos sobre un campo de batalla. El llano de Austerlitz no le hubiera causado tan profunda emoción.

Al volver al balcón, vió á Arístides que rondaba la plaza de la Subprefectura husmeando como un sabueso. Le hizo seña de que subiese. Parecía que él no esperaba más que aquel llamamiento.

—Entra—le dijo su madre, viendo que dudaba:—tu padre no está aquí.

Aristides manifestábase encogido y vergonzoso, como hijo pródigo. Cerca de cuatro años hacía que no entraba en el salón amarillo. Todavía llevaba el brazo en cabestrillo.

—¿Sigues doliéndote la mano?—le preguntó Felicidad con acento burlón.

Aristides se ruborizó, y balbuceó:

—¡Oh, no! Esto va mejor; está casi curado.

Luego no supo qué decir. Su madre acudió en su auxilio.

—¿Has oído hablar de la hermosa conducta de tu padre?—le preguntó.

Aristides contestó que no se hablaba de otra cosa en todo Plassans. Habíase ya repuesto, y mirando cara á cara á su madre le devolvió mofa por mofa, exclamando:—Vine á ver si papá estaba herido.

—¡Bah! No hagas el burro—interrumpió Felicidad con su habitual petulancia.—Yo, en tu lugar, sería franco. Te has equivocado, confíesalo, comprometiéndote con esos perdidos de republicanos, y ahora de muy buena gana vendrías á nosotros, que somos los más fuertes. ¡Eh! Esta casa está abierta para ti.

Aristides protestó. La República era una gran idea; además, los insurrectos podían triunfar...—¡Bah! ¡déjame en paz!—continuó la vieja irritada.—Lo que tienes es miedo de que tu padre te reciba mal. Pero yo me encargo del asunto. Escúchame. Vas á ir á tu periódico y á redactar un número favorable al golpe de Estado; y por la

noche, después que el diario haya salido, ven, y serás recibido con los brazos abiertos.—Y viendo que dudaba, prosiguió en voz baja y con acento que revelaba grandísimo interés.—¿Has oído? Se trata de nuestra fortuna, de la tuya... Conque no vuelvas á las andadas, que hartó te comprometiste neciamente.

Aristides hizo un gesto, el gesto de César al pasar el Rubicón; así no se comprometía de palabra. Iba ya á retirarse, cuando su madre le cogió por el nudo del cabestrillo, se lo deshizo y exclamó:—Empieza por quitarte estos trapajos; eso resulta ridículo.

El joven no opuso resistencia. Cuando su madre le hubo quitado el pañuelo, lo dobló cuidadosamente, guardólo en el bolsillo, y besándola, dijo:—Hasta mañana.

Entretanto, Rougon se instalaba oficialmente en la alcaldía. Sólo habían quedado ocho consejeros municipales: los demás, el alcalde y los adjuntos, habían sido secuestrados por los insurrectos. Aquellos ocho ciudadanos sudaron de angustia mientras Granoux les refirió la crítica situación de la ciudad. Para comprender con qué apresuramiento vinieron á echarse en los brazos de Rougon, sería preciso conocer los pobres hombres de que están compuestos los consejos municipales de algunas ciudades pequeñas. En Plassans el alcalde tenía bajo su mano una pléyade de hombres incapaces, puros instrumentos de complacencia pasiva; así es que, no estando allí, la máquina municipal tenía que aflojarse, y pertenecer á cualquiera que supiera apretar los resortes. Faltando el subprefec-

to, Rougon se encontraba naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, dueño único y absoluto de la ciudad; crisis que entregaba el poder en manos de un hombre arruinado, á quien el día antes ninguno de sus conciudadanos hubiera prestado cien francos.

El primer acto de Pedro fué declarar en sesión permanente la comisión provincial; después procedió á reorganizar la guardia nacional, y logró reunir trescientos hombres; los ciento nueve fusiles escondidos en la cochera fueron distribuídos, lo que elevó á ciento cincuenta el número de hombres armados por cuenta de la reacción; los otros ciento cincuenta guardias nacionales eran ciudadanos pacíficos y soldados de Sicardot. Cuando el comandante Roudier pasó revista al pequeño ejército en la plaza del Hotel de Ville, quedó desconsolado viendo que los vendedores de verduras se le reían en sus barbas; la mayor parte de su tropa carecía de uniforme, y muchos de aquellos improvisados guerreros tenían una facha harto ridícula, con sombrero de copa, levita y el fusil; pero en el fondo, la intención era buena. Dejóse una guardia en la alcaldía y el resto de la fuerza se dispersó en pelotones para defender las entradas de la ciudad. Roudier quedóse al mando del retén situado en la Grand-Porte, el punto más amenazado. Rougon, que en aquellos momentos se consideraba muy fuerte, fué en persona á la calle Canquoin, y rogó á los gendarmes que no salieran de su casa ni se mezclasen en nada; además, hizo abrir las puertas del cuartel, de las que los insurrectos se habían llevado las llaves:

quería triunfar solo, y trataba de impedir que la gendarmería le robase una parte de su gloria; en último extremo, si los necesitaba, los llamaría. Díjoles que su presencia, irritando á los obreros, podría acaso agravar la situación; el sargento le felicitó por su prudencia, y cuando le dijo que había un herido en el cuartel, Rougon, afanoso de popularidad, quiso verle. Encontró á Rengade acostado, con el ojo cubierto por una venda y sus grandes mostachos descansando sobre las sábanas. Animó con hermosas palabras sobre el deber al tuerto, que juraba y bufaba exasperado por su herida, que le forzaría á dejar el servicio. Rougon prometió mandarle un médico.—Muchas gracias, señor—le respondió el gendarme;—pero lo que me sentaría mejor que ningún medicamento, sería retorcerle el pescuezo al miserable que me saltó el ojo. ¡Oh! Ya lo encontraré. Es uno pequeñito, delgado, muy joven...—Pedro recordó la sangre que cubría las manos de Silverio, y sin poderlo evitar, retrocedió con miedo, como si temiera que Rengade lo cogiera por el cuello, gritando: «¡Tu sobrino fué el que me dejó tuerto, y tú vas á pagar por él!» Y mientras renegaba para su capote de su indigna familia, declaró solemnemente que, si era habido el culpable, sería castigado con todo el rigor de la ley.—No, no es menester; de retorcerle el pescuezo me encargo yo—respondió el tuerto.

Rougon se apresuró á volver á la alcaldía. Toda la tarde estuvo ocupado en tomar varias medidas. El bando, que se publicó hacia la una, produjo excelente impresión; concluía exhortando al ve-

cindario, y asegurándole que el orden no se alteraría. Hasta el crepúsculo, las calles ofrecieron el aspecto de tranquilidad general, de entera confianza; en las aceras decían los grupos que leían el bando: «Esto se acabó; vamos á ver las tropas enviadas en persecución de los insurrectos.» A tal punto se consideró fundado este rumor, que los ociosos paseantes de Sauvaire se encaminaron por la carretera de Niza para salir al encuentro de la música; pero volvieron por la noche, desilusionados, sin haber visto nada. Entonces sorda inquietud se extendió por la ciudad; en la alcaldía la comisión provincial había hablado tanto para no decir nada, que sus miembros, con los estómagos vacíos, asustados de sus propias habladurías, sentían que el miedo los acometía de nuevo. Rougon los mandó á comer, convocándolos para las nueve de la noche. Iba también él á salir del ayuntamiento, cuando Macquart se despertó y golpeó violentamente la puerta de su prisión. Dijo primero que tenía hambre, luego preguntó qué hora era, y al oír de boca de su hermano que las cinco, murmuró con diabólica malevolencia, fingiendo extrañeza, que los insurrectos le habían prometido volver más pronto y que tardaban mucho en libertarle. Rougon, después de mandar que le diesen de comer, se marchó, preocupado por la insistencia con que hablaba Macquart del regreso de los insurgentes.

Ya en la calle, sintióse presa de extraño malestar; la ciudad parecía cambiada; tomaba un aspecto singular; las sombras se deslizaban rápidamente á lo largo de las aceras; el vacío y el

silencio se hacían en todas partes, y sobre los edificios tristes y sombríos parecía caer con el crepúsculo un pavoroso manto gris lento y tenaz como una lluvia fina. La fanfarronería del día terminaba fatalmente en aquel pánico sin causa, en aquel espanto de la noche naciente. Los habitantes estaban cansados y de tal suerte hartos de su triunfo, que no les quedaban fuerzas más que para soñar con tremendas represalias de parte de los insurrectos. Al sentirse en medio de aquella corriente de pavor, Rougon tembló, y con la garganta oprimida apretó el paso. Al pasar por delante del café de la plaza de Recollets, donde acababan de encender las luces y se reunían algunos pequeños propietarios del barrio nuevo, oyó un trozo de conversación que le asustó.

—Pues bien—decía M. Picou, con una voz gruesa,—¿sabe usted la noticia? El regimiento que esperábamos no ha llegado.

—¡Pero si no se esperaba un regimiento!—respondió M. Touche, con voz aguda.

—Perdone usted... ¿No ha leído el bando?

—¡El bando! Es verdad. Promete que el orden será conservado por la fuerza, si es necesario.

—Pues ya ve usted; hay fuerza; fuerza armada, se sobreentiende.

—¿Y qué se dice?

—Por lo que se comprende, hay miedo; y se dice que no es natural ese retraso de los soldados, y que pudieran haberlos exterminado los insurrectos.

Un grito de horror resonó en el café. A punto estuvo Rougon de entrar para decir á aquellos